

LOS HEROES DE LA TOMA DE LA HABANA POR LOS INGLESES EN SU ANIVERSARIO

Estamos dentro del aniversario de la invasión y toma de la Habana por los Ingleses. El día 6 de Junio se divisaron desde la atalaya del Morro aquellos buques capitaneados por Sir Keppel, Conde de Albemarle que al candoroso e inhábil Gobernador Prado Mayeza Portocarrero y Luna se le antojaron una flota mercantil y el 12 de Agosto se firmaron las capitulaciones de la rendición.

Entre una y otra fecha ¡cuántas y cuán heroica sangre rubricando el deber y el honor patrios, cuánta gesta hazañosa de españoles y cubanos estallándose, como el denuedo indómito de Don Quijote, contra los gigantes y vestiglos de la escuadra británica!

Gesta de españoles y cubanos; porque unos y otros fundian entonces en un solo desesperado esfuerzo la bizarría racial para defender la independencia común, las creencias comunes y la dignidad común. Cubanos Pepe Antonio Gómez y el Coronel Aguiar. Españoles el Capitán Luis Vicente de Velasco y el Marqués González. Hermanos en pundonorosa heroicidad. Hermanos en aquel misticismo patriótico con que cantaba el poeta romano: «Dulce et decorum est pro patria mori». Dulce y glorioso es morir por la patria.

¡Pepe Antonio el bueno, el valeroso, el abnegado, hecho a combatir contra los ingleses como oficial de milicianos desde el año 1739 hasta 1747; acostumbrado también a luchar contra las asperezas de la manigua, contra los rigores de la marcha, de la fatiga y del sol en sus diestras y eficaces cacerías; Pepe Antonio, el Aquiles cubano de aquella epopeya a quien Pezuela llama «el más grande de los héroes tradicionales de esta lucha»; el que con sus trescientos campesinos equipados y adiestrados por él mismo contruvo la avalancha inglesa en Guanabacoa durante cuarenta días hasta obligarlos a evacuar la villa; el que en sola una acometida dejó veintiún muertos en el campo de combate y llevó a la villa ochente y tres prisioneros; el que como dice Guiteras, armó a sus soldados con los despojos cogidos al inglés. «Demostró con grandes ventajas del servicio y amor a las armas del Rey, N. S.— escribió el Capitán General, Conde de Ríca, — distinguido celo,

bizarro espíritu y prudente conducta; hizo muchos prisioneros y fueron tantos su actividad y acierto que logró hacerse temido a los enemigos, no dejando a sus puestos avanzados hora de reposo y aprovechándose hasta de las horas de descanso para destruirlos».

Sin embargo el héroe popular, el Alcalde Provincial de Guanabacoa, semejante en su entereza y vigor de alma a Don Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea, en vez de recibir por sus proezas: el estímulo y la recompensa del justo galardón, sufrió la envidiosa inquina y los inícuos reproches de un jefe, — el Coronel Caro, — cuya negligente inacción contrastó con la vigilante actividad y briosa acometividad de Pepe Antonio y contra cuya tibieza y prudencia patrióticas eran una viva acusación el fervor bélico y la viril heroicidad del aguerrido cubano. Lo que no pudieron hacer ni las inquietudes y angustias, ni el constante y penoso jaeo del continuo guerrear durante cuarenta días, ni las balas enemigas, lo obtuvieron las envidiosas reconvenções y la cruel postergación con que el Coronel Caro le hirió en lo más vivo de su espíritu delicado. Murió de pundonor y de tristeza. Un bohío de yaguas fué su capilla ardiente. Unas hojas de plátano tendidas en el suelo, su féretro y cuatro velas de sebo colocadas en medias naranjas, sus candelabros.

A la cumbre gloriosa del de Pepe Antonio, se alzó el heroísmo del Capitán de Navío y defensor del Morro, Luis Vicente de Velasco. Si creyéramos en la reencarnación, diríamos que el alma de este gigante montañés había transmigrado años después al cuerpo de su paisano, el Capitán de Artillería Velarde, que juntamente con Daoíz y Ruíz comenzó en Madrid el 2 de Mayo con el sacrificio de su vida la Guerra de Independencia española contra Napoleón Bonaparte. «Desde el principio de esta guerra, — dice el Coronel inglés Mac.Kellar en su diario de operaciones, — jamás ha encontrado el valor británico un contrario más constante que D. Luis Velasco, Gobernador del Morro, enemigo digno de nosotros y cuya noble y bizarra conducta, ostentando las obligaciones de un militar pundonoroso, infunde veneración hasta al mismo adversario que le quiere subyugar». ¡Treinta días trágicos de épica resistencia contra las tropas inglesas que, tomadas las fortalezas de la Chorrera, de Cojimar y de la Cabaña, lanzaban desde ésta última todas sus metrallas contra el Morro por las bocas de quinien-

... los buques capitaneados por Sir Keppel, Conde de Albemarle que al candoroso e inhábil Gobernador Prado Mayeza Portocarrero y Luna se le antojaron una flota mercantil y el 12 de Agosto se firmaron las capitulaciones de la rendición.

Entre una y otra fecha ¡cuántas y cuán heroica sangre rubricando el deber y el honor patrios, cuánta gesta hazañosa de españoles y cubanos estallándose, como el denuedo indómito de Don Quijote, contra los gigantes y vestiglos de la escuadra británica!

Estamos dentro del aniversario de la invasión y toma de la Habana por los Ingleses. El día 6 de Junio se divisaron desde la atalaya del Morro aquellos buques capitaneados por Sir Keppel, Conde de Albemarle que al candoroso e inhábil Gobernador Prado Mayeza Portocarrero y Luna se le antojaron una flota mercantil y el 12 de Agosto se firmaron las capitulaciones de la rendición.

Entre una y otra fecha ¡cuántas y cuán heroica sangre rubricando el deber y el honor patrios, cuánta gesta hazañosa de españoles y cubanos estallándose, como el denuedo indómito de Don Quijote, contra los gigantes y vestiglos de la escuadra británica!

Gesta de españoles y cubanos; porque unos y otros fundian entonces en un solo desesperado esfuerzo la bizarría racial para defender la independencia común, las creencias comunes y la dignidad común. Cubanos Pepe Antonio Gómez y el Coronel Aguiar. Españoles el Capitán Luis Vicente de Velasco y el Marqués González. Hermanos en pundonorosa heroicidad. Hermanos en aquel misticismo patriótico con que cantaba el poeta romano: «Dulce et decorum est pro patria mori». Dulce y glorioso es morir por la patria.

¡Pepe Antonio el bueno, el valeroso, el abnegado, hecho a combatir contra los ingleses como oficial de milicianos desde el año 1739 hasta 1747; acostumbrado también a luchar contra las asperezas de la manigua, contra los rigores de la marcha, de la fatiga y del sol en sus diestras y eficaces cacerías; Pepe Antonio, el Aquiles cubano de aquella epopeya a quien Pezuela llama «el más grande de los héroes tradicionales de esta lucha»; el que con sus trescientos campesinos equipados y adiestrados por él mismo contruvo la avalancha inglesa en Guanabacoa durante cuarenta días hasta obligarlos a evacuar la villa; el que en sola una acometida dejó veintiún muertos en el campo de combate y llevó a la villa ochente y tres prisioneros; el que como dice Guiteras, armó a sus soldados con los despojos cogidos al inglés. «Demostró con grandes ventajas del servicio y amor a las armas del Rey, N. S.— escribió el Capitán General, Conde de Ríca, — distinguido celo,

bizarro espíritu y prudente conducta; hizo muchos prisioneros y fueron tantos su actividad y acierto que logró hacerse temido a los enemigos, no dejando a sus puestos avanzados hora de reposo y aprovechándose hasta de las horas de descanso para destruirlos».

Sin embargo el héroe popular, el Alcalde Provincial de Guanabacoa, semejante en su entereza y vigor de alma a Don Pedro Crespo, el Alcalde de Zalamea, en vez de recibir por sus proezas: el estímulo y la recompensa del justo galardón, sufrió la envidiosa inquina y los inícuos reproches de un jefe, — el Coronel Caro, — cuya negligente inacción contrastó con la vigilante actividad y briosa acometividad de Pepe Antonio y contra cuya tibieza y prudencia patrióticas eran una viva acusación el fervor bélico y la viril heroicidad del aguerrido cubano. Lo que no pudieron hacer ni las inquietudes y angustias, ni el constante y penoso jaeo del continuo guerrear durante cuarenta días, ni las balas enemigas, lo obtuvieron las envidiosas reconvenções y la cruel postergación con que el Coronel Caro le hirió en lo más vivo de su espíritu delicado. Murió de pundonor y de tristeza. Un bohío de yaguas fué su capilla ardiente. Unas hojas de plátano tendidas en el suelo, su féretro y cuatro velas de sebo colocadas en medias naranjas, sus candelabros.

A la cumbre gloriosa del de Pepe Antonio, se alzó el heroísmo del Capitán de Navío y defensor del Morro, Luis Vicente de Velasco. Si creyéramos en la reencarnación, diríamos que el alma de este gigante montañés había transmigrado años después al cuerpo de su paisano, el Capitán de Artillería Velarde, que juntamente con Daoíz y Ruíz comenzó en Madrid el 2 de Mayo con el sacrificio de su vida la Guerra de Independencia española contra Napoleón Bonaparte. «Desde el principio de esta guerra, — dice el Coronel inglés Mac.Kellar en su diario de operaciones, — jamás ha encontrado el valor británico un contrario más constante que D. Luis Velasco, Gobernador del Morro, enemigo digno de nosotros y cuya noble y bizarra conducta, ostentando las obligaciones de un militar pundonoroso, infunde veneración hasta al mismo adversario que le quiere subyugar». ¡Treinta días trágicos de épica resistencia contra las tropas inglesas que, tomadas las fortalezas de la Chorrera, de Cojimar y de la Cabaña, lanzaban desde ésta última todas sus metrallas contra el Morro por las bocas de quinien-

2

4

tas y hasta ochocientas granadas cotidianas! Treinta días en que nuestros muertos no bajaban de una docena diaria y los heridos de más de dos docenas! Entre ellos se contó Velasco que se vió forzado a retirarse. Nueve días de cura. Vuelve otra vez al pie del cañón. El Conde de Albemarle, conociendo el valor heroico de Velasco, —son palabras de un historiador cubano,— y apreciando la noble resolución que le alentaba a sacrificar su vida ante las ruinas del desmoronado castillo antes que rendirse, le escribió pintándole con una franqueza digna de un enemigo generoso, la verdadera situación de las cosas y la toma inevitable del fuerte, invitándole en nombre de la humanidad que le imponía el deber de salvar las vidas de sus soldados, a evitar el gran número de victimas que habría de perecer en el asalto y dejando a su voluntad las condiciones que gustase estipular para la rendición del fuerte».

«No aspiro a inmortalizar mi nombre,— le contestó Velasco.— Sólo deseo derramar el postrer aliento en defensa de mi soberano, teniendo no pequeña parte en este estímulo la honra de la nación y el amor a la patria».

Se cumplió su deseo. Las minas subterráneas que los ingleses iban lanzando día tras día contra el Morro, abrieron anchas brechas. Siguió sin embargo Velasco su indómita defensa. Una de

dichas minas lo hirió mortalmente. El mismo Conde de Albermarle pasó en persona a visitarlo. Al fallecer al día siguiente el gran montañés, Albemarle concedió una tregua de 24 horas para rendirle los honores militares y contestó desde su campamento a las fúnebres salvas que a su cadáver se rindieron.

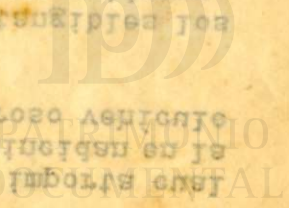
También se lo hubieran rendido seguramente al del Marqués Vicente González, Caballero de la Orden de Santiago y buen amigo de Velasco si como dice el «Diario de Operaciones», no hubiese vendido «tan bárbaramente su vida que después no pudo encontrarse su destrozado corazón».

Su efigie aparece al lado de la del Capitán montañés en la medalla conmemorativa que por orden del Rey modeló la Real Academia de San Fernando.

En la gran medalla de la historia van también grabados los de los dos gloriosos mártires y la del Coronel Aguiar y Chacón que dieron su nombre a las calles así llamadas y las de Párraga Ruiz y Basave.

Nosotros evocamos además con devoción en este aniversario, la memoria de los que inmolaron su vida a centenares por el honor patrio, escondidamente, silenciosamente, sin una cruz ni unc. flor sobre sus tumbas.

M. 1930 031



OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA